
Letras

Ricardo Rojas, escritor y maestro

ALZINA ROSA B. DE GIACOSA

DOCTORA EN LETRAS graduada en la facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata en 1933. En la misma casa obtuvo, en 1941, el título de profesora en filosofía y ciencias de la educación. Trabajó en el departamento de pedagogía sobre el problema de la *Atención y fatiga de los educandos* (en preparación). Profesora de literatura contemporánea y castellano en el Colegio Nacional y Colegio Secundario de Señoritas "Profesor Víctor Mercante", de la Universidad de La Plata. TRABAJOS: *Las mujeres en el teatro de Alfieri* (Boletín de la Universidad de La Plata, t. XVII, Nº 5), *La influencia de "Merope" de Alfieri en "Argia" de Juan Cruz Varela* (Revista Humanidades, t. XXVII, 1939), *El dolor en la vida y en la obra de Páscoli*, *La poesía de Gutiérrez Nájera*, *El paisaje en la obra de Güiraldes*, *Cuatro poetas del amor y la muerte: Nájera, Silva, del Casal y Darío*.

RICARDO Rojas llegó a La Plata hacia el año 1909, traído por Joaquín V. González, el escritor que diera a la ciudad su Universidad y la destacara ante la cultura nacional por las figuras señeras de sus maestros. Venía precedido de justa fama y no eran pocas las controversias que su obra desencadenara. Ya había publicado *LA VICTORIA DEL HOMBRE* (1903), obra de plan audaz y ambiciosas proyecciones, a la que el mismo autor llamará después "la utópica visión" de su juventud, "el optimismo sin experiencia, la humanidad abstracta de las filosofías", donde, con versos sonoros y elocuentes, exalta al pueblo y defiende los más puros y nobles ideales sociales, proclamando el triunfo del amor y de la bondad sobre el mal y el odio. Había publicado, también, entre otras obras en prosa, *EL PAÍS DE LA SELVA* (1907), con la belleza de paisajes y cielos autóctonos que traían un color local y un encanto de escenarios vírgenes pocas veces superado. Era el año de *LA RESTAURACIÓN NACIONALISTA*

que lo señaló, más allá de las fronteras de la patria, como apóstol de un sano y sincero argentinismo, libro en el cual anuncia la preparación de su *OLLANTAY* y aparecen los principios fundamentales de la tesis de Rojas, que serán el nervio vital de toda su producción posterior: la exaltación del sentimiento nacional.

No era, pues, a pesar de sus 27 años, un simple profesor el que eligiera Joaquín V. González: era el poeta que se consideraba predestinado por las Musas para realizar ciclopeas empresas, era un pensador, un idealista preocupado por los grandes problemas de la patria que venía a Humanidades no sólo a dar lecciones de estética y de literatura; sino a exaltar el orgullo de la raza, a fortalecer la conciencia colectiva, a demostrar la importancia de las fuentes de la argentinidad. Llegaba dispuesto a estudiar "a la par de los alumnos" y, como auténtico maestro, no a enseñar "lo que cada uno puede aprender por sí mismo en los libros... cuanto a despertar vocaciones y ambiciones, dando métodos para gustar las creaciones de arte consideradas como símbolos de la personalidad humana y de las épocas históricas".

El hombre, el escritor, el maestro están totalmente identificados a través de la larga y proficua vida de Ricardo Rojas.

Cuando aparece en el escenario de las letras argentinas, la resonancia de su triunfo tiene gran significado, ya que eran muchos los escritores que gozaban de merecida fama: todavía se leían con gusto las poesías de Obligado y de Carlos Guido y Spano; *Las montañas de oro*, *Los crepúsculos del jardín* y *Lunario sentimental* mostraban la indiscutible grandeza del astro poético de Lugones; Banchs, el exquisito poeta de *Las Barcas* y *El libro de los elogios*, desgranaba las melodías de su hondo lirismo; Evaristo Carriego había publicado *Misas Herejes*, aflorando con sus rimas, por primera vez en Argentina, el alma del suburbio, las penas y miserias de los humildes, la poética emoción del dolor y la solidaridad humanas; Ugarte y Mario Bravo popularizaban sus rimas; mientras Almafuerte entusiasmaba con sus versos ora prosaicos ora altamente inspirados, y tres poetas, cuyos nombres estarán por siempre unidos a nuestra Universidad: Rafael Alberto Arrieta, Arturo Marasso y Capdevila preparaban la publicación de sus primeras obras.

LETRAS

La fama de Rojas en esos momentos, lo señalan ya a la posteridad como un verdadero e inspirado poeta.

Junto a la cátedra, la poesía es goce intelectual para Rojas, quien trata de volcar en versos el paisaje y los temas de la vida que logran emocionarlo. Es indiscutible poeta, lo es desde el lejano día de la infancia en que, según cuenta, le “vinc el dulce son del canto”, en que despertara su vocación junto al río de su pueblo, “como un broceado fauno niño, sahumado de selva y dorado de sol”. Poeta de honda emoción lírica, de pensamientos profundos, de fondo social, patriótico o filosófico, pocas veces sentimental y sólo ocasionalmente erótico, de versos audaces, vibrantes y sinceros, siempre meditados y pulidos, pues nada en Rojas es fruto de la improvisación, con riqueza de fantasía e ideas sanas, nobles y generosas. Pero no llega como Lugones, como Banchs, como Carriego a despertar hondas emociones, sus rimas no llegan al alma del pueblo como las de Almafuerte. Muy pocas veces la belleza de la idea y la musicalidad del verso hacen que el lector las repita con secreto encanto. *Los lises del blasón, Las canciones de Perséjona, La sangre del sol, La oda de las banderas* hasta llegar a *El Albatros* y *Los presagios* cimentarán a través de su vida la fama del poeta que hallará en el teatro —ELELÍN, OLLANTAY, LA SALAMANCA—, su más alta expresión lírica.

Su prosa, como su poesía, trajo desde las primeras publicaciones una nota original en el panorama argentino. Grande era la fama de Larreta, pero *La Gloria de don Ramiro* tenía sabor hispánico; el primer libro de un autor auténticamente argentino como Benito Lynch, carecerá del embrujo de sus obras posteriores; Güiraldes y Manuel Gálvez aún no habían aparecido en la escena literaria. Sólo *La tradición nacional* y *Mis montañas* de Joaquín V. González y los cuentos y leyendas de Horacio Quiroga podían parangonarse en su visión de patria a *EL PAÍS DE LA SELVA* de Rojas, donde mito y leyenda, realidad y ensueño, ríos que saben de viejas tradiciones, perfumes de tierra virgen y paisajes de supersticioso encanto traen un hondo sentimiento de nacionalidad que el autor, con inigualable arte, sabrá reeditar en “El Ucumar” en “La Psiquima”.

Humanidades tenía, pues, a un escritor de méritos, que usará la cátedra y la pluma para despertar en sus conciudadanos el espí-

ritu de nacionalidad, para despertar los verdaderos valores del pueblo y de su tradición.

En *LA RESTAURACIÓN NACIONALISTA*, profunda obra de pensador publicada el año de su llegada a La Plata, Rojas procura demostrar, con gran exaltación patriótica, la necesidad de fortalecer en Argentina la conciencia colectiva, considerando a la Historia como su mejor instrumento para despertar el sentido de nacionalidad y a la escuela del estado como el lugar más adecuado para su enseñanza. “El cosmopolitismo en los hombres y en las ideas... , el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción popular del idioma, el desconocimiento de nuestro propio territorio, la falta de solidaridad nacional, el ansia de la riqueza sin escrúpulos, el culto de las jerarquías más innobles... , la falta de pasión en las luchas, la venalidad del sufragio, la superstición por los nombres exóticos... comprueban, dice Rojas, la necesidad de una reacción poderosa en favor de la conciencia nacional y de las disciplinas civiles”.

Es curioso cuánto de lo dicho en 1909, al escribir Rojas estas palabras, puede adaptarse a la Argentina de hoy. En esta obra aparece nítidamente el apostolado de Rojas al proponerse dar a su pueblo la conciencia de su misión en la patria y en América; al querer demostrar a sus conciudadanos que, no obstante ser un pueblo de inmigración, hay un alma nacional. Por eso proclama con viril entusiasmo: “Enarbolemos todas las banderas humanas, pero nutramos nuestro espíritu con savia de nuestro suelo y de nuestra estirpe, procurando, ante cada problema, el equilibrio de todas las fuerzas progenitoras dentro de la emoción territorial”.

Ese mismo amor de patria y de tradición, ese mismo fervor nacionalista animarán las apasionadas páginas de *BLASÓN DE PLATA*, *LA ARGENTINIDAD* y *EURINDIA*.

Rojas, descendiente espiritual de Sarmiento, en el prólogo de *BLASÓN DE PLATA*, invocará las palabras del gran sanjuanino: “¿Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde, bueno es darse cuenta de ello”.

¿Desde cuándo?, he ahí una pregunta concisa. Rojas no olvida que las patrias, como las casas, tienen su abolengo y que aún cuando fuera humilde, conocerlo y amarlo es ya principio de grandeza. Presenta la historia de este pueblo y de esta tierra que, en progresivas

LETRAS

generaciones, han visto indios, criollos, argentinos. De los indios perduran aún en los gauchos, la indolencia, el valor y la melancolía. El denuedo con que defendemos nuestro suelo, dice, es como el denuedo con que los indios lo defendieron. De la convivencia del indio y del conquistador nacieron los criollos y, luego, en mezclas diversas con los extranjeros, los argentinos de hoy. Nuestro gentilicio viene del territorio que habitamos; nuestra emoción ante los paisajes argentinos debe ser igual a la que turbara el alma de los indios. Toda la tradición indiana viene desde “lo firme de la tierra y lo hondo de los siglos”.

Las naciones, según Rojas, no reposan en la pureza fisiológica de las razas, “sino en la emoción de la tierra y la conciencia de su unidad espiritual, creada por la historia, por la lengua, por la religión, por el gobierno, por el destino”.

Esta teoría genealógica que da como blasón de abolengo de la nacionalidad al indianismo, puede ser discutida y muchos no la aceptamos; pero es innegable la fuerza moral y cívica del autor, es innegable la honda emoción y el fervoroso amor de patria que impregnan toda la obra la épica grandeza.

Es un alegato personal, sincero, escrito con verbo elocuente y un tanto oratorio, con imágenes precisas, con concisa claridad. Es la doctrina de un pensador profundo en la que campea el arte y hay tal unidad que se convierte en una verdadera obra literaria, a la cual Salvador Rueda calificará de epopeya. El antagonismo de ciudad y campaña, que Sarmiento designara con el nombre de “Civilización y Barbarie”, se sintetiza en Rojas con las palabras “el Exotismo y el Indianismo”, para mostrar la lucha o el acuerdo “entre lo importado y lo raizal”, “la lucha del indio con el conquistador por la tierra, el criollo con el realista por la libertad, del federal con el unitario por la constitución —y hasta del nacionalismo con el cosmopolitismo por la autonomía espiritual”.

Esta sola obra bastaría para ubicar a Rojas entre los genuinos escritores argentinos y para presentarlo ante la juventud de su patria, por la nobleza de sus patrióticos ideales, como maestro de nacionalidad.

Pocos años después, otra de sus obras de tesis, fruto también de la mente de un patriota y un pensador, conjunto de espigas de hondo

ideal de democracia, vuelven a destacar a Rojas: su libro *LA ARGENTINIDAD*, publicado para el centenario de 1916.

Es el más puro canto a la democracia y a la libertad, elegidas por el pueblo argentino, auténtico protagonista de su propio destino republicano, ya que la democracia no fue para este pueblo "un azar o merced de sus patriarcas, sino una opción voluntaria", por eso los partidos modernos tienen "filiación argentina". El autor se propone, llevado de sus más santos ideales, hacer resplandecer sobre los héroes discutibles los nombres transitorios, el numen de la argentinidad.

Ese mismo año de la publicación de *LA ARGENTINIDAD*, Rojas, con motivo del tercer centenario de la muerte de Cervantes, dictó en nuestra ciudad un curso público sobre el gran escritor español y prologó la edición de sus poesías editada por la Universidad de La Plata. Algunos años más tarde, cuando abandona después de once años de profícua labor la Facultad de Humanidad, intensificará en Filosofía y Letras de Buenos Aires sus estudios cervantinos, que completará durante su exilio en Ushuaia.

Cabe también a Filosofía y Letras, donde Rojas inaugurara la cátedra de literatura argentina, el honor de haberle inspirado su monumental *HISTORIA DE LA LITERATURA ARGENTINA* (1917-1921), fruto del profesor, del estudioso y del erudito, en la que Rojas pudo encerrar sus ideales nacionalistas y sostener que es la expresión orgánica de nuestra cultura colectiva. En defensa de esos ideales ya exaltados en las obras antes señaladas, cae Rojas, más de una vez, en discutibles teorías y no respeta siempre la realidad; pero entrega a su pueblo una obra magna y gigantesca, completa y ordenada, la primera dentro de su género, y en la cual, sin negarle defectos por su falta de selección, por su exceso de pormenores, por su carencia de sentido de síntesis, estos defectos están superados por la grandeza poética de su inspiración crítica, por sus proféticos ideales sociales, por su infinito amor de raza y de tierra que lo lleva a considerar como literatura argentina todo lo escrito por autores aquí nacidos o los extranjeros que han ofrendado su existencia a esta civilización. Cejador se queja del tono que él considera antiespañol de "Los Coloniales" y lo compara con la honda emoción, con la profundidad de investigación de "Los Gauchescos". "Tanto va, dice, el tener cariño o malquerencia al asunto histórico que se trata". No es malquerencia

LETRAS

en Rojas, sino su afán característico de exaltar con unción todo lo que está ligado a su tierra, todo lo que tiene sabor de tradición.

A esta gran obra, casi como apéndice, para completar su tesis de nacionalismo seguirá su famosa EURINDIA, nombre según el autor "de un mito creado por Europa y las Indias, pero que ya no es de las Indias ni de Europa, aunque está hecho de las dos".

En ella, Rojas analiza las corrientes literarias, el idioma, la historia, como así el factor geográfico, la tradición colectiva, la música y las artes en general para demostrar que hay en la evolución argentina, como en la de otras naciones "una cierta unidad orgánica entre el territorio, la raza, la tradición y la cultura". Considera que los artistas deben beber en la historia, que es un acervo de tradiciones, para nutrirse de espíritu racial, y, para satisfacer "su total ansiedad creadora" deben buscar la contemplación de la naturaleza y la meditación de la vida", pero tal como se muestra en nuestra tierra y en el dolor de cada alma. Es decir, Rojas considera que "el paisaje y el hombre americanos" deben entrar definitivamente en el arte. El artista está atado a su grupo racial, está encadenado a su patria. En la tradición americana, los artistas de esta tierra deben buscar el misterio "del propio ser individual y colectivo" y en esa búsqueda quizás encuentren la Coyllur indiana de los sueños del autor de EURINDIA.

El amor a su tierra nativa, a sus héroes, a su destino, no podía hallar figura que mejor representase la gloria y grandeza argentinas que la del apoteósico libertador de América. Ante la imagen de San Martín, la pluma del escritor corre ágil, la palabra se hace música y color. La evocación del gran patriota es la más perfecta obra de un historiador y un artista que ha vivido en lo hondo de su corazón y de su espíritu cada uno de los gestos del libertador, que lo ha seguido en sus sueños, en sus ideales, que ha sufrido con sus angustias y gozado con sus triunfos. Es el libro de Rojas de mayor unidad, donde el héroe y el escritor se identifican. San Martín es el salvador predestinado para América:

"Busqué el hijo de Ollantay y Coyllur,
y lo encontré en el Santo de la Espada",

Canta Rojas en *Los Presagios*.

Nuevamente la Coyllur indiana de su EURINDIA cobra alma en el profético SANTO DE LA ESPADA. Es él, San Martín, el que gestó la más grande y desinteresada proeza americana, soñador y visionario en su ruta luminosa de conquistas de patria y libertad, verdadero arquetipo de la argentinidad.

Rojas trata, como Plutarco, no escribir una historia, sino dar a conocer una "vida", evocar los gestos y las palabras "con la luz interior de su propia conciencia". Ofrece así a sus compatriotas la más acabada biografía de San Martín, hombre y héroe en una fusión perfecta, iluminados por la grandeza moral y el ansia inagotable de justicia.

Poco después, Rojas conoce la angustia del exilio. Su vida de maestro y de escritor lo mantuvo largos años apartado de las luchas políticas porque, según lo confiesa, creía que "Argentina se hallaba encaminada dentro de su Constitución". Pero, violada la paz institucional, el escritor que defendiera durante toda su vida y en cada una de las páginas de su obra la nacionalidad, no podía permanecer indiferente ante la despótica violación.

En los momentos cruciales de la historia de una Nación, ninguno de sus hijos puede ser un indiferente, el que quiera merecer el nombre de ciudadano no puede en esos instantes jactarse de ser un apolítico. Rojas abandona su torre de escritor, elige un partido para luchar contra el opresor y da así a sus alumnos una de sus más brillantes lecciones de maestro.

Cabían dos posiciones: la de la comodidad, la de escalar posiciones y obtener fáciles triunfos a cambio del Ideal; o la quijotesca de abandonar la paz intelectual y las comodidades de la vida "para hacerse caballero andante a los cincuenta años", salir a defender la ciudadanía, a combatir por la justicia y la libertad. ¿Cuál debía ser la elección del autor de LA RESTAURACIÓN NACIONALISTA, de EURINDIA, de LA ARGENTINIDAD; cuál la del que exaltara la grandeza moral de San Martín? Sólo un camino quedaba para Rojas de acuerdo a sus ideales: combatir al despotismo. Y fue la senda escogida. Su precio fue la confinación en Ushuaia, desde donde, como otrora José Mármol, el fustigador de Rosas, elevará su canción de desterrado:

LETRAS

*Yo soy aquel que antaño te cantaba
y el amor que te di fue mi delito.*

*Yo a tus hijos en paz adoctrinaba,
y como un mago en tus estrellas de oro
leyendas y presagios descifraba.*

*Pero una noche yo escuché tu lloro
y bajé de mi torre por valerte
como pudiese, y pregoné en tu foro*

*Contra el asalto bárbaro, y al verte
flagelada las carnes, en tu llaga
puse mi beso en tránsito de muerte.*

*Ese fue mi delito en la hora aciaga;
y hoy, mi cárcel, la nieve. . . Mas, su frío
no apagará este amor que no se apaga. . .*

En su destierro, el poeta deseaba tener alas como el albatros para volar por los campos y aldeas de la tierra amada y pregonar la afrenta hecha a Mayo por el usurpador; decir a América toda que fue vilipendiada la epopeya sanmartiniana, llegar a la ciudad querida como la canción de fe que nunca muere a mecer la cuna de los niños, a enjugar el llanto de mujeres, a enseñarles a los hombres el camino que lleva a la victoria, y restaurar la verdad sobre el ara sacrosanta de la patria.

No es el albatros vencido, con las alas rotas que cantara Baudelaire; es el albatros con sus alas tendidas que desde la roca fueguina llevará por todos los ámbitos de la patria y de América la canción de libertad del poeta que, como Dante, su "primer" y "último maestro" sufrió destierro porque "a su patria quiso".

ARCHIPIÉLAGO y ALBATROS son el fruto de las horas de mayor rebeldía de Rojas.

Vuelto a la vida ciudadana, distribuirá su tiempo entre la cátedra, la tribuna del partido político por él elegido y el arte que

nunca lo abandonará. El poeta civil que en sus primeros versos vislumbrara Roberto Giusti, el poeta civil que pudo anidarse en el Rojas de *EL ALBATROS*, queda adormecido. Para sus luchas por la libertad prefiere la prosa apasionada, sincera y casi siempre oratoria y convincente.

El teatro nuevamente lo tienta, ese teatro que él deseó llamar Teatro de América por representar diversas etapas históricas y en el que el amor, que tan pocas veces inspira sus poesías, se convierte en ocasiones en tema central. Ya había publicado en verso su obra *ELELÍN* (1929), lucha de conquistadores, sueños de gloria y poder y, como fondo la extraordinaria figura de Catalina de Enciso, holocausto sincero de pasión americana; ya había publicado también, pero en prosa, *LA CASA COLONIAL* (1932), tributo a la Argentina que naciera en aquel 1810, donde el sueño de poder de los españoles es vencido por el de libertad de sus propios hijos, los criollos, rebeldes al paterno anhelo en la búsqueda de una revolución que diera nacimiento a la nueva patria. Como en estas dos obras, nuevamente América y Argentina inspirarán a Rojas su *OLLANTAY* y *LA SALAMANCA*.

En *OLLANTAY*, la más poética de todas sus obras, la más bella también, cuya leyenda se menciona ya en *EL PAÍS DE LA SELVA* y su preparación se anuncia en *LA RESTAURACIÓN NACIONALISTA*, Rojas de acuerdo con las teorías de EURINDIA, funde Europa y las Indias, esto es: la substancia indígena con el teatro griego. El amor de Coyllur, la hija del Sol, por Ollantay, el titán de los Andes y su trágico destino, trae en sus símbolos de lucha de castas y ansia de libertad un tema original en el teatro de América, se siente en sus páginas el inconfundible soplo de argentinidad y americanismo que alienta toda la obra de Rojas.

Leyenda de pasión, de brujería y milagro, catalogó su autor a *LA SALAMANCA*, obra inspirada en el folklore hispanoamericano y en el paisaje andino, con elementos de superstición ya aparecidos en *EL PAÍS DE LA SELVA*, uno de cuyos relatos da título a la obra.

Ese amor a lo nativo, ese deseo característico de Rojas de rendir tributo a los hombres de la patria, lo llevan a escribir su más grande ofrenda al maestro sanjuanino.

Sarmiento, aquel Sarmiento que ya a los 19 años cantara en *LA*

LETRAS

VICTORIA DEL HOMBRE; del que recordará proféticas palabras en LA ARGENTINIDAD, y a quien, aquí mismo en esta Universidad de La Plata evocara en sentida oración, en el día del maestro, como a uno de los arquetipos de la nacionalidad, le inspirará EL PENSAMIENTO VIVO DE SARMIENTO y su mejor trabajo sobre este escritor, o sea: EL PROFETA DE LA PAMPA, obra que no es panegírico ni alegato, sino como en el caso de San Martín, una "vida", estudiada y sinceramente sentida por Rojas.

¿Porqué esta predilección de Rojas por Sarmiento? En Rojas no es ocasional la elección de escritores y héroes. En sus obras, más que el arte por el arte, hay un fin intencional buscado: el desarrollo y la defensa de sus doctrinas argentinas y americanistas, la apoteosis de la nacionalidad, la exaltación de la tierra nativa.

"Yo no sé hablar, dijo Rojas en nuestra Universidad en aquel setiembre de 1911, sino de las cosas que me entusiasman y el nombre de Sarmiento me conmueve y amo a la patria que él amaba". He aquí una razón fundamental; pero Rojas no sólo sabe hablar únicamente de lo que lo entusiasma; también sólo sabe escribir sobre lo que ama, y en él es siempre fuente de inspiración lo que se relaciona con la patria. Las pocas veces que exalta a una figura extranjera es porque lleva como él sus venas inflamadas de amor de libertad, es porque la guía un hondo idealismo. Es por eso que amó a Cervantes. Acaso ¿no fué como él un soñador que vivió persiguiendo ideales? Acaso el mismo Rojas no se sintió quijotesco como el héroe de la gran novela cervantina aquel día que salió a "desfacer entuertos" en su patria oprimida y el otro tan cercano a su muerte en el cual, aún sabiéndose enfermo, quiso depositar su voto en la urna para dar a la patria su postrer ofrenda en su sueño de recuperación nacional? Es por eso que amó a Dante, y devoró sus versos desde niño en sus gloriosos años de rabonas y lo evocó en su exilio, como

"Fusta de triple látigo en ardores. . .

Las horas oprobiosas de nueva dictadura supieron de su dignidad y desde la tribuna lanzó sus anatemas sin temores, con la misma pasión que en los días de su exilio cuando elevara la canción EL ALBATROS

Dejó su cátedra, dejó más de cuarenta años de luchas y desvelos

dejó a sus alumnos y añoró sus clases en la soledad de su retiro. Pero aún allí estaba el maestro enseñando a los jóvenes su lección de dignidad ciudadana.

A pocos días que la Universidad de Buenos Aires, con un gesto reivindicador, reparara la injusticia cometida con Rojas nombrándolo profesor honorario, el gran idealista se fué para siempre. *

¿Qué círculo de su mundo de ultratumba podría imaginar Dante para los poetas como Rojas, no siempre brillantes, pero sí siempre dignos y sinceros, hechos de amor de patria y de libertad?

Lo imaginamos en alguna selva que recuerde las de su infancia, con sombra de algarrobos y un río para soñar a su vera, con leyendas de indios y criollos, buscando incansablemente el alma nacional de su pueblo, platicando con Güemes, con Belgrano, Sarmiento y San Martín, deseoso de hallar la fórmula perfecta para que nunca más se apague la llama de la libertad en el altar de la patria.

* Nacido en Tucumán el 16 de septiembre de 1882, Ricardo Rojas murió en Buenos Aires el 29 de julio de 1957.